

El maestro Alonso Rodríguez

Juan-Clemente Rodríguez Estévez

Los últimos arquitectos del Gótico, coord. Begoña Alonso Ruiz. Madrid: Grupo de Investigación de Arquitectura Tardogótica / Marta Fernández-Rañada, 2010; D.L.: M-5651-2010; pp. 271-360. I.S.B.N.: 978-84-613-7938-5

El profesor Rodríguez Estévez, especialista en historia de la arquitectura almohade, tardogótica y cantería medieval en Andalucía occidental (*El Alminar de Isbiliya. La Giralda en sus orígenes (1114-1198)*, 1998; *Cantera y Obra. Las canteras de la Sierra de San Cristóbal y la Catedral de Sevilla*, 1998; *Los canteros de la Catedral de Sevilla. Del Gótico al Renacimiento*, 1998), vuelve a ofrecernos, en este capítulo de libro, una verdadera monografía sobre el arquitecto Alonso

Rodríguez, que dejó una huella perdurable de buen hacer constructivo en estilo tardogótico en la España de los Reyes Católicos de fines del XV y primeros años del XVI, fundamentalmente a raíz de su maestría en la Catedral Hispalense. A pesar de ello, su biografía y obra apenas se había estudiado con la necesaria reflexión y profundidad, con sólo aportes individuales y sin abarcar la totalidad de su producción. Faltaba, por tanto, este estudio de investigación, que aúna importantes aportes documentales con un exquisito y reflexivo análisis formal de conjunto, que creo origen de un futuro libro lleno de madurez, que debería contar con el necesario aporte fotográfico en color, que se echa en falta en esta edición por la reducción de costes.

El estudio se abre con una necesaria *introducción* (pp. 271-72), donde calibra lo poco escrito sobre el maestro a pesar de registrar tempranamente su nombre Llaguno en la historiografía artística, impidiendo su equiparación a otros de similar calibre, como los hermanos Egas, Simón de Colonia o Juan Gil de Hontañón. Continúa con sus *orígenes en Jerez* y *El Puerto de Santa María*, etapa desarrollada entre 1477 y 1496 (pp. 272-76), ciñendo su nacimiento a mediados del XV en el seno de una familia de canteros en Jerez y su formación al calor de la obra catedralicia sevillana. Vital es su vinculación con las canteras de la Sierra de San Cristóbal, cercanas a El Puerto, y la posible intervención en las iglesias jerezanas de San Miguel y Santiago, primeros ejemplares del gótico catedralicio en esa ciudad; su participación en la subasta para la construcción de San Francisco “el Viejo” en Sanlúcar; y la incorporación a la 2ª etapa de la obra de la prioral portuense, con la conclusión de la cabecera y levantamiento y abovedado de sus tres naves. Ese trabajo le catapultó a la maestría mayor de la Catedral de Sevilla, que ocupó entre 1496-1512, apartado al que Rodríguez Estévez dedica gran amplitud (pp. 276-93), resolviendo problemas cronológicos en la secuencia constructiva de ese edificio. Tras abandonar en 1498 la maestría conjunta con

Simón de Colonia, llevaría a cabo el proyecto de cubrición de las naves colaterales y cerramiento completo del buque gótico, con la nave central y brazos del transepto, y la construcción del primitivo cimborrio sobre el crucero, al que dedica gran atención (pp. 280-87). Acaba con la secuencia constructiva de la Sacristía de los Cálices y capilla de la Antigua (pp. 287-293), diseñadas por él.

De forma paralela ejerció de *maestro de obras del arzobispado hispalense* entre 1496 y 1512 (pp. 293-306), liderando la difusión de lo que se ha venido en llamar el *gótico catedralicio sevillano* en poblaciones de esa jurisdicción y en las diócesis sufragáneas de Cádiz y Canarias, destacando su intervención en la prioral de El Puerto de Santa María (pp. 294-97), en las iglesias de Santiago de Alcalá de Guadaíra (297-98) y Santa María de la Asunción de Carmona (298-302), o en la catedral de Las Palmas de Gran Canaria (302-6), todas las cuales se analizan convenientemente, delimitando su autoría sobre estructuras, fechas y equipos de operarios. Labor que extendió fuera de ese ámbito, al ser llamado para dar trazas y pareceres (pp. 306-17), con visitas a Ayamonte, Isla de León y a tierras aragonesas (pp. 307-9); los proyectos frustrados de 1505/1509 para la capilla Real de Granada (pp. 309-11), que ganó Egas; la traza conjunta con Antón Egas de la catedral de Salamanca en 1510 (pp. 311-13); o la empresa fracasada de levantar varios templos en 1510 en la caribeña isla de La Española (pp. 313-17).

Su etapa final, de 1511 al 1513, marcada por el hundimiento del cimborrio de la catedral hispalense, centra la parte última del estudio (pp. 317-44), donde pormenoriza las causas y consecuencias de ese derrumbe, que supuso su descrédito (pp. 317-21), hasta el punto de ser despedido a finales de 1512, aunque posteriormente redactó un interesante informe sobre el deterioro de la fábrica, las causas y acciones a seguir para remediarlo (pp. 321-29), y la necesidad de terminar la capilla real. A través de ese texto y del estudio de las maquetas conservadas en el retablo mayor y el análisis formal de la cabecera, Rodríguez Estévez recrea fehacientemente ese proyecto y despeja autorías (329-42). Acaba con su decadencia, fallecimiento en la segunda mitad de 1513 y descendencia (pp. 342-44), un amplio reportaje fotográfico y planimétrico (pp. 345-55); los archivos citados y la bibliografía empleada (pp. 356-60).

En definitiva, estamos ante un aporte capital que engrosará los textos empleados en la docencia universitaria de la *Historia del Arte Español Medieval* y abrirá nuevos caminos a la investigación de la actividad constructiva del último gótico y sus creadores.

Fernando Cruz Isidoro
Profesor Titular de Historia del Arte
Universidad de Sevilla

La Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula y la Soledad de Gaspar Becerra

Luis Alba Medinilla

Edición personal, Madrid, 2010,
ISBN: 978-84-9946-021-5

El libro que recensionamos es una obra de carácter general que, como bien indica su título, plantea abarcar la historia de la Orden de San Francisco de Paula y las circunstancias que -durante siglos- acompañaron a la famosa obra escultórica con la advocación de la Virgen de la Soledad del escultor renacentista asentado en Madrid aunque de origen andaluz, Gaspar Becerra. Tanto

la advocación como la escultura están muy ligadas a dicha orden religiosa.

Aunque la mayor parte de la investigación no se centra, ni mucho menos, en el ámbito geográfico de esta revista, es evidente que un estudio sobre este tema debe hacer referencia forzosa a El Puerto de Santa María, pues ambos aspectos, la Orden de los frailes Mínimos de San Francisco de Paula y la imagen de la Virgen de la Soledad, se hallan estrechamente ligados a la ciudad desde los siglos XVI y XVII respectivamente, motivo por el que los dos últimos capítulos del libro se centran en la ciudad portuense.

En las primeras tres cuartas partes del libro (que coinciden precisamente con las partes primera, segunda y tercera), a lo largo de más trescientas páginas, las referencias a la ciudad gaditana, tanto en texto como en notas, son escasas y aisladas: a la orden religiosa, al convento, a la imagen mariana o a la cofradía de su nombre. Dichas páginas se refieren fundamentalmente a la biografía de San Francisco de Paula, la implantación de la orden y la fundación de algunos conventos -centrándose sobre todo en Madrid y sus relaciones con la Corte- y, por supuesto a la imagen e imágenes -porque son varias- de la Virgen de la Soledad, que trata en profundidad desde los aspectos de relación directa con la orden, con los conventos de la Victoria y con las hermandades que la adoptaron. De manera especial es tratada la imagen realizada por Gaspar Becerra por encargo real para el convento madrileño.

Es este por tanto un libro relativamente ambicioso que aborda en conjunto la implantación de la Orden de los Mínimos en España y su estrecha relación con la advocación mariana de la Soledad de la Virgen. Y aunque lo hace desde aspectos muy diversos es esta conexión la que constituye el hilo conductor de la totalidad de la obra.

Claro está, la parte del estudio que debemos, queremos y nos corresponde recensionar en esta revista se ciñe específicamente a las últimas páginas del

libro, las que dedica a la vinculación de todos los elementos -comunidad religiosa, convento e imagen- con El Puerto de Santa María. En esta última parte de la obra se aborda esta relación bajo el título general de “La Soledad de El Puerto de Santa María”. Y en ella el autor del libro refiere, entre otros tantos temas, la implantación de la orden seguidora de Francisco de Paula en El Puerto, el proceso de fundación del convento de la Victoria en la ciudad, la historia y circunstancias de la Hermandad de la Soledad portuense, su instalación en una capilla del convento, las relaciones no siempre favorables con los monjes, la vinculación de ambos -comunidad religiosa y miembros de la cofradía- con la imagen mariana, etc. En este sentido resultan especialmente interesantes la exposición de los compromisos entre la cofradía y la comunidad de frailes con respecto a la titularidad y uso de la imagen de la Virgen de la Soledad y los conflictos que derivaron de ello.

Alba Medinilla plantea cuestiones que ya han sido tratadas junto a nuevas reflexiones no publicadas, que sepamos, hasta ahora. En lo que se refiere al convento y su fábrica, el autor afirma la intervención de fray Juan Bosco (basándose en la obra de fray Lucas Montoya, p. 364) y también la de Alonso Rodríguez (p. 365). Y lo hace, como el resto de afirmaciones que plantea sobre la obra conventual apoyándose fundamentalmente en los trabajos publicados por Hipólito Sancho y Rafael Barris y, por supuesto, en la obra del padre Montoya.

Cita también en varias ocasiones los trabajos publicados por Antonio Sánchez González oponiéndose a la opinión de este investigador sobre el originario destino del monasterio para panteón de los duques de Medinaceli, una opinión interesante que ya ha sido planteada también por otros investigadores, y que fue tema de un fructífero debate entre Sánchez González y Javier Maldonado Rosso en esta misma revista (números 40, 41, 42 y 43). Pues, por fortuna, en los últimos años el monasterio de la Victoria ha sido objeto de varios estudios (por ejemplo los de Raúl Romero Medina) a los que el autor de este libro quizá no ha podido acceder, pues no cita publicaciones con posterioridad a 2007. Pero quizá la investigación más reciente de obligada referencia al conocimiento de la instalación de la Orden Mínima en El Puerto es el estudio de Ana Becerra Fabra “El establecimiento de la Orden de los Mínimos en España”, publicado en el número 41 de esta misma revista (pp. 75-108) en el que su autora realiza interesantísimas reflexiones y aporta documentos inéditos hasta la fecha: un estudio que no se cita en este libro y que, sin duda, debe ser tenido en cuenta al tratar de la implantación de la comunidad religiosa en El Puerto.

Por otro lado, consideramos necesario destacar como una de las principa-

les aportaciones del libro de Luis Alba Medinilla que estamos comentando la relativa a la autoría de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad y los problemas habidos en torno a ella. En las últimas páginas de su investigación Luis Alba aclara cualquier duda sobre la procedencia de la escultura, su autor y su llegada a El Puerto, tres aspectos que habían permanecido envueltos hasta ahora en una aureola de misterio y leyenda. Revisando la obra de su antepasado el médico e historiador Joaquín Medinilla Bela, que provocó esta confusión en 1885, Alba Medinilla rechaza de plano la autoría de Gaspar Becerra -reconociendo que Hipólito Sancho siempre lo puso en duda y así lo planteó públicamente en los años 1923, 1928 y 1930- pero en el presente estudio su autor añade una novedad: la aportación de la más que probable atribución del escultor Manuel Pereira para la Virgen portuense. Ya en 2004 González Luque creía posible la intervención del taller de este escultor, pero en este libro Luis Alba apunta específicamente la mano del maestro.

En líneas generales el estudio de Alba Medinilla ofrece infinidad de datos y referencias, maneja una extensa bibliografía y aporta conclusiones muy interesantes. Pero quizá en un afán de ampliar información y aportar datos, el autor recurre continuamente a larguísimas digresiones -tanto en texto como en notas- que con frecuencia distraen del tema de los capítulos y alargan sus contenidos. Es lo que ocurre, por ejemplo, con las genealogías de muchas de las familias y personalidades referidas, como es el caso de la propia familia de la Cerda y el ducado de Medinaceli. A lo que se añade una gran cantidad de citas textuales que quizá aligerarían el texto si aparecieran al final de la obra como apéndice documental.

Frente a ello y muy acertadamente, el autor realiza conclusiones al final del último capítulo del libro que reordenan la magnitud de aportaciones y reflexiones y alivian la complejidad de datos y referencias que se efectúan a lo largo de toda la obra.

Un libro pues el de Alba Medinilla que viene a completar las investigaciones que se han venido realizando en los últimos años sobre estos temas y que sin duda aporta nuevas referencias a los investigadores que se internen en cualquiera de los aspectos en él tratados, sobre todo y de manera muy especial en las relativas a la Hermandad de Nuestra Señora de la Soledad y su imagen titular.

Mercedes García Pazos
Historiadora del Arte

Unos apuntes para la historia de la ciencia española de mediados del siglo XVIII, como modesta contribución a la historia de El Puerto de Santa María: en torno a Felipe V, Juan Luis Roche, Pehr Löfling y el Marqués de la Ensenada

Francisco González de Posada

Pliegos de la Academia, Academia de Bellas Artes Santa Cecilia, nº 16, 2010, pp. 67-107.
ISSN: 1695-1824

Este artículo es el discurso que pronunció el autor con motivo de su recepción como académico de número en la Academia de Bellas Artes “Santa Cecilia” y como explicita en el título expone, en 4 apartados (40 páginas), lo acaecido en El Puerto de Santa María con las visitas de los personajes mencionados, más algún otro, como Louis Godin.

La propia naturaleza del acto condiciona el comienzo del texto, y el profesor González de Posada lo inicia con lo que podemos llamar *laudatio* a la Academia que lo recibe. Como universitario curtido en la publicación de textos científicos, el nuevo académico justifica por qué ha elegido este tema y las

fuentes que ha utilizado. El primer personaje que analiza es Felipe V dentro de las vicisitudes vividas en el ámbito portuense, para ampliarlo, en algunas ocasiones, al marco gaditano, citando textualmente a historiadores y cronistas que se han ocupado de ello, enfatizando las visitas reales y lo que ellas supusieron para el devenir de El Puerto.

También, al adentrarse en la política científica de mediado el siglo XVIII, trata lo acontecido durante el reinado de Fernando VI, especialmente las innovaciones que realizó y lo que supuso su política ilustrada para la cultura española, y gaditana en particular, la fundación y auge de Academias y los logros del Marqués de la Ensenada. Le sigue una relación de ilustrados, entre ellos Benito Jerónimo Feijoo, Gregorio Mayans y Siscar, y Juan Luis Roche que fue epígono y propagandista del padre Feijoo en El Puerto de Santa María.

Es interesante la lectura que hace el autor de las Academias en la Bahía gaditana, que contaron como académicos a un abultado número de personas que nacieron o vivieron en El Puerto. Los biografiados por el profesor González Posada tuvieron relaciones estrechas con la ciudad portuense, se implicaron en su vida y costumbres y fueron embajadores de la ciudad en otras partes de la península y en la América virreinal. Que El Puerto de Santa María tuvo protagonismo en el siglo de las Luces se deduce de la amplia nómina de hombres y mujeres que trabajaron por potenciar los saberes, traer instituciones científicas e

instalar una imprenta activa. Ejemplo de esto es un libro de Juan Luis Roche, en cuya portada se indica que salió de la imprenta ubicada en la Casa Real de las Cadenas: “RELACION, Y OBSERVACIONES PHYSICAS-MATHEMATICAS, Y MORALES SOBRE EL GENERAL TERREMOTO, Y LA IRRUPCION DEL MAR DEL DIA primero de Noviembre de este año de 1755, que comprendió a la Ciudad, y Gran Puerto de SANTA MARIA, Y A TODA LA COSTA, Y TIERRA FIRME del Reino de Andalucía. ES UNA CARTA QUE ESCRIBIO A LA MUY, Ilustre, y Real Academia de las Buenas Letras de la Ciudad de Sevilla, Don JUAN LUIS ROCHE, Académico de Erudición de la misma Real Academia, Socio de la Real Sociedad de Ciencias de Sevilla, Académico de la Real Academia Portopolitana, y residente en la Ciudad, y Gran Puerto de Santa María, en el Gremio, y Universidad de Mareantes, y Cargadores a las Indias. CON LICENCIA: Impreso en el Puerto de Sta. María, en la Imprenta la CASA REAL DE LAS CADENAS. Año de 1786. “

No cabe duda que El Puerto siempre fue ciudad relevante, pero lo fue especialmente entre 1748 y 1757, *decenio intelectualmente prodigioso gaditano* como lo define González de Posada, cuando acogió en sus casas a ilustrados españoles y de otros países europeos, teniendo entre ellos relaciones fluidas que sirvieron para establecer lazos entre países e instituciones científicas, como es el caso del citado Roche, que fue una figura puente entre Portugal y España, siendo miembro de la Academia Portopolitana. Muchos hombres de ciencia, residentes en El Puerto, llevaron sus vivencias portuenses a la América virreinal como integrantes de Expediciones Científicas, por ejemplo Pehr Löfling, que siguió la estela dejada por el médico de cámara de Felipe II, Francisco Hernández, en el siglo XVI, que fue el primero en ir a América, a la Nueva España, a hacer un inventario de la flora y fauna de aquellos parajes, y escribir una voluminosa obra que contribuyó al adelanto de la farmacopea.

No falta mención a otros destacados personajes de las ciencias y las técnicas que de alguna u otra manera estuvieron relacionados con la vida gaditana, y en particular con la del El Puerto de Santa María. Ciudad importante por el papel que tuvo en el intercambio de cultura entre Europa y América, al haber recibido a personajes procedentes de diferentes partes del mundo y albergar instituciones que fueron decisivas para el desarrollo de las ciencias, por ejemplo, la Botánica con los jardines de aclimatación, adonde llegaron plantas comestibles, medicinales y ornamentales.

El texto compuesto por el profesor González de Posada para ocasión tan especial, es positivista en su concepción, aportando datos histórico-científicos de interés para la historia de El Puerto Ilustrado. En las páginas de la revista *Pliegos*

de la Academia se ve en qué alta estima tiene a la ciudad y a la Bahía gaditana el nuevo académico, al no ser pocos los adjetivos laudatorios que ensalzan el protagonismo de la misma.

Manuel Castillo Martos
Catedrático de Historia de la Ciencia.
Universidad de Sevilla

**Las casas de Pavón.
Alojamiento del Duque de
Angulema y de Infantes
Reales**

Antonio Gutiérrez Ruiz

Visión Libros, Madrid, 2010,
ISBN: 978-84-9886-982-8

Al estudio de dos edificios conocidos en El Puerto, a comienzos del s. XIX, como “Casas de Pavón” (situadas en la c/ Larga, 23 y c/ Ángel Urzáiz, 16) dedica Antonio Gutiérrez este primer volumen de su serie *Mansiones y Linajes Portuenses* que publica la editorial Visión Libros.

A través de un complejo estudio genealógico, que deduzco debe ser resultado de largas horas pasadas en archivos, el autor de este libro devana el largo entramado de familias que pasaron a lo largo de los años por estas dos mansiones portuenses. Personajes, muchos de ellos, que estuvieron vinculados con acontecimientos históricos y político-militares así como otros meramente anecdóticos convierten este libro en un reflejo de la vida social de los habitantes de estas casas y, a su vez, éstas se convierten en dos referentes históricos para El Puerto.

Un acontecimiento histórico, ampliamente documentado en la historiografía, como lo fue el establecimiento del cuartel general del ejército francés de los Cien Mil Hijos de San Luis, al mando del duque de Angulema, en El Puerto, cuyo objetivo era el restablecer el absolutismo y acabar con la resistencia liberal recluida en Cádiz, es recogido en uno de los capítulos por el autor. Está planteado desde una perspectiva local, en la que además de incluir datos históricos, aporta detalles anecdóticos de interés sobre la estancia del duque en la ciudad, en la que vivió durante el verano de 1823 en la casa de C/ Larga 23.

Llama la atención la utilización que hace el autor de personajes novelados cuando se refiere a antiguos propietarios, quizás con la intención de amenizar el texto. Es lo que el propio autor define como “una cierta licencia narrativa”. De la larga lista de familias que fueron pasando a lo largo de los años por estas fincas ofrece datos interesantes sobre sus perfiles sociales y económicos e incluye, en algunos casos, el relato de acontecimientos surgidos en el seno familiar que

llevan al lector a buscar el desenlace final como si de una novela se tratara.

Entre líneas podemos percibir los cambios que se van sucediendo en la sociedad portuense de la primera mitad del s. XIX, época de transición del Antiguo al Nuevo Régimen, que quedan reflejados en una larga lista de familias entre las que se encuentran comerciantes, militares, bodegueros, religiosos y funcionarios, entre muchos otros.

Aunque el autor define su libro como un “ensayo historiográfico” y lo plantea como una publicación de carácter divulgativo, en la lectura se echan en falta las referencias a aquellas fuentes documentales consultadas en archivos que refrenden los muchos datos que ofrece. La inclusión de estas referencias, obligadas en todo estudio histórico aportarían mayor rigor e información a sus lectores.

María del Mar Villalobos Chaves
Centro Municipal del Patrimonio Histórico
de El Puerto de Santa María

Una victoria pírrica: la habilitación comercial portuaria de El Puerto de Santa María (Cádiz) de 1809

Julio Pérez Serrano y Alejandro Román Antequera

Cuenca Toribio, José Manuel (editor), *Andalucía en la Guerra de la Independencia (1808-1814)*, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2009, pp. 299-309. ISBN: 978-84-7801-983-0

Escrito al alimón por dos de los integrantes del Grupo de Historia Actual de la Universidad de Cádiz, el artículo que reseñamos tiene como objetivo analizar los sucesivos intentos de varios sectores de El Puerto de Santa María por conseguir la habilitación de su puerto para el tráfico con los de América, habilitación de la que había quedado excluida en los Decretos de Comercio libre promulgados por Carlos III en 1778. A juicio de los autores esta situación, unida a los problemas derivados de la discontinua participación de la ciudad en el tercio de frutos durante toda la historia del comercio colonial y a la anulación de su derecho de generalas en 1788, habrían con-

condicionado el declive económico y demográfico de la misma. En una perspectiva más ambiciosa, han encuadrado los problemas antes citados en la sempiterna lucha de intereses entre las poblaciones pertenecientes al área de influencia de la ciudad de Cádiz por conseguir una cuota de beneficio en las posibilidades que brindaba la zona durante los siglos XVIII y XIX.

El trabajo se ha estructurado en cinco epígrafes. Tras una breve introducción el cuerpo temático aparece dividido en tres apartados. El primero dedicado a la situación geográfica, que parece haber condenado a El Puerto de Santa María a un rango de inferior orden. El segundo, muy amplio, en el que se exponen las disputas generadas por el comercio colonial en un escenario de intereses contrapuestos. El tercero y último sirve para abordar el proceso que siguió la ciudad para conseguir la mencionada habilitación, solicitándola de forma continuada a los más altos representantes gubernamentales y acometiendo las que suponían necesarias reformas de sus relaciones terrestres, fluviales y marítimas con el entorno próximo y lejano, cuyos puntos débiles podrían afectar negativamente a la toma de decisiones.

Las conclusiones que cierran el artículo justifican su título: la “pírrica victoria” que supuso la consecución en 1809 de la deseada habilitación, pues en el escaso lustro en que se disfrutó, hasta que fue anulada dentro del paquete abolicionista del regresado Fernando VII en 1814, hubo de sufrir la doble terrible coyuntura de la Guerra de la Independencia, con la ocupación de la ciudad por las tropas enemigas, y la sucesiva desvinculación de las colonias americanas en su imparable proceso independentista. Un estudio del coste de oportunidad no se hubiese saldado a favor del resultado obtenido.

Apoiados en sólidas referencias bibliográficas, entre las que destaca, por su tratamiento del mismo tema, la de Juan José Iglesias Rodríguez en su obra *Una ciudad mercantil en el siglo XVIII: El Puerto de Santa María* (1991), los autores aportan su particular interpretación del episodio a partir del análisis de la documentación existente en el Archivo Histórico Municipal de El Puerto de Santa María y muy especialmente a través de la lectura de las actas capitulares de los años 1788 a 1809 y del legajo 2.005 de la Sección *Folletos* en lo referente a la canalización del río Guadalete, tan íntimamente ligado a la historia de la localidad.

Sirve el estudio para ampliar el conocimiento del tráfico mercantil de la bahía gaditana, de los personajes que vivieron los años estelares del mismo, de los medios y contactos utilizados para la consecución de sus intereses, de las diversidad de dificultades que hubieron de soslayar, de las consecuencias del declive del comercio colonial y, en definitiva, de tantas cuestiones que, aunque conocidas globalmente, permanecen necesitadas de análisis pormenorizados.

María Dolores Herrero Gil.
Arquitecto Técnico
Licenciada en Ciencias Económicas
y en Geografía e Historia

El Puerto de Santa María y el 98: decepción y praxis

M^a del Carmen Borrego Plá

Andalucía y la repatriación de los soldados en la guerra del 98. Patricio Hidalgo Nuchera (coord.). Fundación Pública Andaluza Centro de Estudios Andaluces. Consejería de Presidencia de la Junta de Andalucía, 2010, pp.11-36. ISBN: 978-937548-6-0

El Centro de Estudios Andaluces, fundación perteneciente a la Consejería de Presidencia de la Junta de Andalucía, edita el volumen que lleva por título *Andalucía y la repatriación de los soldados en la guerra del 98*, un estudio que, como se indica en él, pretende cubrir el vacío historiográfico sobre los verdaderos protagonistas de la guerra de Cuba y Filipinas y dar a conocer como fue el duro destino de los soldados repatriados a España. Este volumen ha sido coordinado por el investigador cordobés Patricio Hidalgo Nuchera, profesor de Historia de

América en la Universidad Autónoma de Madrid.

Dentro de él se presenta la investigación realizada por M^a del Carmen Borrego Plá, que ya en otras ocasiones se había acercado al estudio del 98 en relación con El Puerto de Santa María: “El comercio del vino y El Puerto de Santa María en la crisis del 98”, “Pesca y prensa portuense en los inicios del siglo XX”, “El Puerto de Santa María ante el 98”, “El Puerto de Santa María y la pérdida de Cuba: repatriación y solidaridad”, y ahora con éste: “El Puerto de Santa María y el 98: decepción y praxis”.

La autora conoce a la perfección este periodo de la historia de España y, sobre todo, también el impacto que el desastre causó en El Puerto de Santa María. Comienza su estudio hablándonos de cual era la situación socioeconómica de la ciudad en el siglo XIX, comenzando con la invasión napoleónica hasta llegar a 1898. Hace especial hincapié en los problemas que afectaban a la pesca y al sector vitivinícola.

M^a del Carmen Borrego analiza los cambios que se estaban produciendo en la isla de Cuba y el gran esfuerzo que supuso para la metrópoli el envío de hombres a ultramar, esfuerzo que obligó a la ciudad de El Puerto de Santa María a concentrar a las tropas ante el temor de un posible ataque a las costas gaditanas por parte de los Estados Unidos. Borrego Plá consulta tanto la documentación de las secciones de Quintas y de Guerra en el Archivo Municipal portuense, como la prensa local y nacional e incluso las duras críticas que se hacían en las letras de las canciones del carnaval. A la repatriación también dedica Carmen Borrego un apartado en el que se refiere a las secuelas que produjo el desastre. Los sol-

dados repatriados llegaban a España exhaustos y enfermos. En El Puerto de Santa María se destaca la actuación del doctor Adolfo Barra, inspector médico de higiene que asistió a los soldados de forma verdaderamente ejemplar.

Y termina la autora haciendo una reflexión sobre el futuro que esperaba a la ciudad. Estaba surgiendo una nueva mentalidad revisionista: el regeneracionismo, movimiento ideológico que proponía una serie de reformas políticas, económicas y sociales para la regeneración del país tras la crisis, un deseo de olvidar el pasado doloroso. En El Puerto también se vive este momento y se intenta solucionar los problemas de la ciudad, esperanzada a pesar del desastre. Para ello había que potenciar aquellos recursos que la ciudad tenía. Así se piensa en mejorar las condiciones del puerto, proceder al dragado del río, instalar la azucarera en El Portal que, a pesar de los inconvenientes que podría traer al río, supondría también ventajas para la población a la que daría trabajo. La viña, el sector bodeguero, la pesca fluvial, el turismo, entonces incipiente, debían también ser potenciados.

Mientras tanto, en Cuba era patente el temor al imperialismo yanqui, sin embargo, y paradójicamente, la isla sentía simpatía hacia su antigua metrópoli, cuya herencia cultural, que no podía ser negada, molestaba a los norteamericanos que pretendían el control no sólo político sino también ideológico de la antigua colonia española.

Ana Becerra Fabra
Licenciada en Historia